

PRÓLOGO

Proceso polifacético y heterogéneo por sus interpretaciones y reinterpretaciones, la historia es una construcción social plasmada en la memoria colectiva, una sucesión de hechos que entendemos y estudiamos, normalmente, en cuanto observadores, distantes o cercanos al fenómeno. Pero cuando un testigo se convierte en narrador, ofrece sus vivencias y visión de los acontecimientos, se transforma —guardadas las proporciones— en un historiador. Subjetiva, su aportación es tan valiosa como cualquiera otra, incluso más, porque agrega un componente vívido; nos permite conocer, más que el recuento inerte, el relato vivo.

Sin duda, el estudio historiográfico nos ofrece un panorama amplio para entender los hechos que sucedieron en un contexto determinado; sin embargo, los testimonios nos recuerdan que la historia también está llena de emociones y retos, de dificultades y posibilidades; son ecos de lo íntimo.

Hito en la historia nacional, cisma que marcó a un pueblo, la Revolución Mexicana modeló un destino, forjó una cultura y dio paso a un nuevo régimen político. Originada como un movimiento por la restitución de los derechos políticos, acabó impulsando sentidas reivindicaciones sociales.

Uno de sus protagonistas, el más longevo de los diputados constituyentes, Jesús Romero Flores, nos compartió su memoria; hizo de sus vivencias un perdurable recuerdo y un acervo fidedigno de lo que muchos vivieron, que, en el contexto de la conmemoración del Centenario de nuestra Constitución, la Cámara de Diputados de la LXIII Legislatura federal determinó aprovechar mediante una nueva edición indispensable para conocer el contexto social, económico y político en el que fue aprobada la Carta Magna.

Como lo describiera la senadora Griselda Álvarez en 1976, durante la entrega de la Medalla Belisario Domínguez, “Jesús Romero Flores es un héroe civil de los que habla el inglés Tomás Carlyle: no acaudilla y dirige muchedumbres, no arenga a las multitudes, pero sí las orienta a través de sus libros”.

Es precisamente por medio de su obra que don Jesús pasó de ser un testigo y partícipe de la Revolución, a un historiador de la misma y de los fenómenos, de no menor importancia, que le precedieron.

Michoacano que entregó todo a México, dedicó más de cincuenta años de su vida a la educación, comprometido siempre con el desarrollo social de la nación. Constituyente convencido, creyó fervientemente que “la Constitución es una firme herramienta que nos garantiza a todos la paz interna”; así como una “coraza, escudo y arma, en defensa de sus derechos innatos y, a la vez, corazón y cerebro de la auténtica mexicanidad”.

El tiempo transcurrido ha demostrado que el autor no se equivocó al afirmar que “nuestra Constitución es uno de los monumentos jurídicos del mundo moderno y que México disfrutará de ella durante muchos años”. Hoy, casi una centuria después de su promulgación, esa Constitución ha sido puesta al día, vigorosamente reforzada, merced a las reformas transformadoras impulsadas por el presidente Enrique Peña Nieto.

A los mexicanos de hoy, en particular a los políticos de nuestra generación, nos corresponde seguir el ejemplo del pro-hombre, ser protagonistas de la historia contemporánea y comprometernos a entregar buenos resultados a los ciudadanos, asumiendo plenamente la responsabilidad que la voluntad popular nos asignó y, en medio del pluralismo fecundo, entender la dimensión histórica de nuestro desempeño público.

CÉSAR CAMACHO

*Diputado presidente de la Junta
de Coordinación Política
LXIII Legislatura*

